

LA ROSA DE MEDIANOCHE

LUCINDA RILEY

LA ROSA DE
MEDIANOCHE

Traducción de
Matuca Fernández de Villavicencio

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council*



Título original: *The Midnight Rose*

Primera edición: enero, 2015

© 2013, Lucinda Riley

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Mátuca Fernández de Villavicencio, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-34334-6

Depósito legal: B-24.108-2014

Compuesto en Revertex, S. L.

Impreso en Liberdúplex

Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

L 3 4 3 3 4 6

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Leonora

Deja que mis pensamientos te visiten cuando ya
no esté, como el arbol del crepúsculo en el
filo del silencio estrellado.

RABINDRANATH TAGORE

Darjeeling, India,
febrero de 2000



Prólogo

Anahita

Hoy cumpla cien años. No solo he conseguido vivir un siglo, sino ver la llegada de un nuevo milenio.

Mientras al otro lado de la ventana despunta el día y el sol se eleva sobre el monte Kanchenjunga, me recuesto en las almohadas y sonrío ante mi absurda ocurrencia. Si fuera un mueble, una butaca elegante por ejemplo, sería catalogada como una antigüedad. Sería lustrada, restaurada y orgullosamente exhibida como algo bello. Por desgracia, no es el caso de mi carcasa humana, que no ha madurado con los años como un exquisito mueble de caoba. Todo lo contrario, mi cuerpo se ha deteriorado hasta quedar reducido a un encorvado saco de arpillera con un montón de huesos dentro.

Toda «belleza» en mí que pueda calificarse de valiosa yace oculta en las profundidades de mi ser. Es la sabiduría de cien años vividos en esta tierra, y un corazón que ha acompañado con su latido todas las emociones y conductas humanas concebibles.

Tal día como hoy hace cien años, mis padres, como era costumbre entre los indios, fueron a ver a un astrólogo para que les hablara del futuro de su recién nacida. Creo que todavía conservo las predicciones del adivino acerca de mi vida entre las escasas pertenencias de mi madre que he guardado. Recuerdo decir a mis padres que sería longeva, pero imagino que tratándose del año 1900, daban por sentado que con la bendición de los dioses viviría, como mucho, hasta los cincuenta largos.

Llaman con suavidad a mi puerta. Es Keva, mi fiel sirvienta, armada con una bandeja de té English Breakfast y una jarrita de leche fría. Aunque he vivido los últimos setenta y ocho años en la

India —en Darjeeling para más inri—, el té tomado a la manera inglesa es un hábito del que no he conseguido desprenderme.

No respondo a la llamada a la puerta de Keva, pues esta mañana especial prefiero estar a solas con mis pensamientos un rato más. Seguro que Keva estará deseando hablar del programa del día; estará impaciente por levantarme, lavarme y vestirme antes de que empiece a llegar mi familia.

Cuando el sol comienza a reflejarse en las nubes que cubren las montañas nevadas, busco en la bóveda azul la respuesta que llevo implorando a los cielos cada mañana desde hace setenta y ocho años.

«Hoy, por favor», suplico a los dioses, pues cada hora transcurrida desde la última vez que vi a mi hijo he sabido que todavía respira en algún lugar de este planeta. Si hubiese muerto lo habría sabido al instante, como ha ocurrido con todos los seres a los que he querido cuando han dejado este mundo.

Los ojos se me llenan de lágrimas y vuelvo la cabeza hacia la mesilla de noche para contemplar la fotografía que tengo de él, un ángel de dos años sentado en mis rodillas, sonriendo. Me la dio mi amiga Indira, junto con su certificado de defunción, unas semanas después de que me comunicaran la muerte de mi hijo.

Hace tanto de eso, pienso. A decir verdad, mi hijo también es ahora un anciano. En octubre cumplirá ochenta y un años. Pero, pese a mi poderosa imaginación, me resulta imposible verlo como tal.

Desvió resueltamente la mirada de la foto de mi hijo, sabedora de que hoy merezco disfrutar de la celebración que mi familia me ha organizado. No obstante, en todas estas ocasiones en que veo a mi otra hija y a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, la ausencia de mi hijo solo consigue alimentar el dolor de mi corazón, recordándome que siempre ha estado desaparecido.

Ellos, obviamente, creen y siempre han creído que mi hijo murió hace setenta y ocho años.

—¡Si tienes hasta su certificado de defunción, *maaji*! Déjale descansar —decía mi hija Muna con un suspiro—. Disfruta de la familia que todavía vive.

Después de todos estos años entiendo que Muna se impacienta conmigo. Y, desde luego, tienes sus razones. Quiere ser suficien-

te ella sola. Pero nada puede reemplazar a un hijo perdido en el corazón de una madre.

Hoy, sin embargo, las cosas se harán a la manera de mi hija. Me sentaré en mi butaca y disfrutaré observando a la dinastía que he creado. No les aburriré con mis relatos de la historia de la India. Cuando lleguen en sus veloces todoterrenos occidentales, con sus hijos jugando con artilugios que funcionan con pilas, no les recordaré que Indira y yo subíamos las empinadas colinas de los alrededores de Darjeeling a caballo, que la electricidad y el agua corriente en las casas era algo raro en aquellos tiempos, o la voracidad con que leía todos los libros que caían en mis manos. A los jóvenes les irritan las anécdotas del pasado; solo quieren vivir el presente, exactamente como me sucedía a mí a su edad.

Imagino que a la mayor parte de mi familia no le hace demasiada gracia tener que cruzar media India en avión para ver a su bisabuela el día de su centenario, pero quizá esté siendo injusta. Estos últimos años he meditado mucho acerca de por qué los jóvenes parecen incómodos en presencia de los mayores; podrían aprender de nosotros tantas cosas que necesitan saber... Y he llegado a la conclusión de que su malestar se debe a que, en nuestra frágil presencia física, toman conciencia de lo que les tiene reservado el futuro. Solo pueden ver, en su punto álgido de fuerza y belleza, que algún día también ellos se apagarán. No saben qué cosas ganarán.

¿Cómo podrían empezar siquiera a vernos por dentro? ¿Comprender que sus almas crecerán, que su impetuosidad se verá domada y sus pensamientos egoístas atenuados por la experiencia de los años?

Pero acepto que así es la naturaleza, en toda su gloriosa complejidad. He dejado de cuestionarla.

Cuando Keva llama a la puerta por segunda vez, la dejo entrar. Mientras me habla en apresurado hindi, doy sorbos de té y repaso los nombres de mis cuatro nietos y once bisnietos. A los cien años una desea demostrar, cuando menos, que la cabeza todavía le funciona bien.

Los cuatro nietos que mi hija me dio se han convertido a su vez en padres competentes y cariñosos. Prosperaron en el nuevo mundo que la independencia con respecto a los británicos trajo a la India, y sus hijos han llevado ese éxito más lejos aún. Si no recuer-

do mal, por lo menos seis de ellos han abierto su propio negocio o son comerciantes. Egoístamente, me habría gustado que alguno de mis descendientes se hubiera interesado por la medicina, que hubiera seguido mis pasos, pero soy consciente de que no puedo tenerlo todo.

Cuando Keva me ayuda a entrar en el cuarto de baño para lavarme, tomo en consideración que mi familia ha tenido una mezcla de suerte, inteligencia y conexiones familiares de su lado. Y que a mi amada India le queda todavía un siglo para que los millones de personas que todavía pasan hambre en sus calles vean cubiertas sus necesidades básicas. Yo he hecho lo posible por ayudar durante estos años, pero sé que mis esfuerzos tan solo son una ola en el océano frente a una marea feroz de pobreza y privaciones.

Sentada pacientemente mientras Keva me pone el sari nuevo —regalo de cumpleaños de Muna, mi hija—, decido abandonar por hoy esos pensamientos lacrimógenos. Siempre he hecho lo posible por mejorar aquellas vidas que han rozado la mía, y eso ha de ser satisfacción suficiente.

—Está preciosa, señora Chavan.

Cuando observo mi reflejo en el espejo me doy cuenta de que miente, pero la quiero justamente por eso. Mis dedos viajan hasta el collar de perlas que rodea mi cuello desde hace casi ochenta años. Se las he dejado a Muna en mi testamento.

—Su hija llegará a las once y el resto de la familia una hora después. ¿Dónde la pongo hasta que lleguen?

Sintiéndome como una butaca de caoba, le sonrío.

—Ponme delante de la ventana. Quiero admirar mis montañas —digo.

Me ayuda a levantarme, me conduce con delicadeza hasta el sillón y me sienta.

—¿Le traigo algo más, señora?

—No. Ve a la cocina y asegúrate de que ese cocinero nuestro lo tenga todo bajo control.

—Sí, señora.

Traslada la campanita de la mesilla de noche a la mesa que tengo a mi vera y sale discretamente de la estancia.

Vuelvo el rostro hacia el sol, que está empezando a entrar a raudales por los grandes ventanales de mi casa, situada en lo alto de la

colina. Mientras disfruto de él como un gato, me acuerdo de los amigos que han fallecido y que no estarán hoy en mi celebración. Indira, mi amiga más querida, murió hace quince años. Confieso que ese fue uno de los pocos momentos de mi vida en que me he desmoronado y he llorado desconsoladamente. Ni siquiera mi devota hija podría igualar el amor y la amistad que Indira me mostraba. Egocéntrica y frívola hasta el día de su muerte, estaba allí cuando más la necesitaba.

Contemplo el escritorio que tengo delante y no puedo evitar pensar en lo que oculta dentro del cajón cerrado con llave. Es una carta, una carta de trescientas páginas. Está dirigida a mi amado hijo y narra la historia de mi vida desde el principio. Con el paso de los años empezó a inquietarme que mi mente olvidara los detalles, que estos se tornaran borrosos y granulados como el rollo de una película muda en blanco y negro. Si, como he creído hasta hoy, mi hijo está vivo, y si algún día había de regresar junto a mí, quería poder obsequiarle con la historia de su madre y de su amor impecadero por su hijo perdido. Y las razones por las que se vio obligada a dejarlo atrás...

Empecé a escribirla en la madurez, consciente de que la parca se me podía llevar en cualquier momento. Y ahí ha permanecido casi cincuenta años, intacta y sin leer, porque él nunca vino a buscarme y yo todavía no le he encontrado.

Ni siquiera mi hija conoce la historia de mi vida previa a su llegada al mundo. A veces me siento culpable por no haberle contado nunca la verdad. Pero creo que es suficiente que haya conocido mi amor cuando a su hermano le fue negado.

Contemplo el escritorio, visualizando en mi mente la pila de hojas amarillentas que esconde. Y pido consejo a los dioses. Cuando muera, como no tardaré en hacer, me horrorizaría que cayera en las manos equivocadas. Por un momento considero la posibilidad de encender la chimenea y pedir a Keva que arroje las hojas al fuego. Pero no, meneo instintivamente la cabeza. Nunca hallo el valor de hacerlo, por si acaso encuentro a mi hijo. Todavía hay esperanza. Después de todo, si he vivido hasta los cien, quizá lo haga hasta los ciento diez.

Pero ¿a quién confiar entretanto el manuscrito, por si acaso...?
Repaso mentalmente los miembros de mi familia por orden ge-

neracional. En cada nombre escucho con atención, en busca de consejo. Y es en el de uno de mis bisnietos donde me detengo.

Ari Malik, el primogénito del mayor de mis nietos, Vivek. Se me escapa una risita cuando el escalofrío me recorre el espinazo, la señal que me han enviado aquellos de arriba que entienden mucho más de lo yo podré hacerlo jamás. Ari, el único miembro de mi familia que ha sido bendecido con unos ojos azules. Aparte de mi amado hijo perdido.

Me concentro para rememorar sus rasgos; con once bisnietos, pienso a modo de consuelo, hasta una persona con la mitad de mis años tendría problemas para acordarse. Además, hoy en día están desperdigados por toda la India y casi nunca los veo.

De todos mis nietos, Vivek, el padre de Ari, es el que más ha prosperado económicamente. Siempre fue un chico listo, aunque algo soso. Es ingeniero y ha ganado lo suficiente para proporcionar a su esposa y a sus tres hijos una vida llena de comodidades. Si la memoria no me falla, Ari se educó en Inglaterra. Siempre fue un muchacho espabilado, aunque se me escapa lo que ha estado haciendo desde que terminó los estudios. Hoy lo averiguaré, me digo. Le observaré. Y estoy segura de que sabré si mi intuición es correcta.

Sintiéndome más tranquila ahora que he dado con una posible solución a mi dilema, cierro los ojos y me permito una cabezada.

—¿Dónde está? —susurró Samina Malik a su marido—. Me juró que no se retrasaría —añadió al tiempo que observaba a los demás miembros de la extensa familia de Anahita. Estaban congregados alrededor de la anciana, en el elegante salón de su casa, colmándola de regalos y cumplidos.

—Tranquilízate, Samina —dijo Vivek a su esposa—, ya llegará.

—Ari dijo que se reuniría con nosotros a las diez en la estación para que pudiéramos subir a la casa todos juntos, como una familia... En serio, Vivek, ese chico no tiene ningún respeto a su familia, te...

—Basta, *pyari*. Nuestro hijo es un joven muy ocupado, y un buen chico.

—¿Eso crees? —preguntó Samina—. Yo no estoy tan segura.

Cada vez que llamo a su apartamento contesta una voz femenina diferente. Ya conoces Bombay, está lleno de frescas de Bollywood y tiburones —añadió, bajando la voz para que los demás miembros de la familia no la oyeran.

—Cierto, y nuestro hijo ya tiene veinticinco años y dirige su propia empresa. Sabe cuidar de sí mismo —replicó Vivek.

—El personal está esperando su llegada para poder servir el champán y brindar. Keva teme que tu abuela se canse demasiado si seguimos aguardando. —Samina suspiró—. Si Ari no ha llegado en diez minutos, les diré que continúen sin él.

—Te dije que llegaría —dijo Vivek con una sonrisa de oreja a oreja cuando Ari, su hijo predilecto, entró en la estancia—. Tu madre estaba al borde de un ataque, como siempre —le informó con un caluroso abrazo.

—Prometiste que estarías en la estación. ¡Te esperamos una hora! ¿Dónde estabas? —Samina miró ceñuda a su atractivo hijo, pero, como siempre, sabía que era una batalla perdida contra la marea de su encanto.

—Perdóname, mamá. —Ari le obsequió con una sonrisa irresistible y le estrechó las manos—. Me retrasé e intenté llamarte al móvil, pero lo tenías apagado, para variar.

Ari y su padre cruzaron una sonrisita. La incapacidad de Samina para manejar el móvil era un motivo de chanza familiar.

—En cualquier caso, ya estoy aquí —dijo mirando al resto del clan—. ¿Me he perdido algo?

—No, y tu bisabuela ha estado tan atareada saludando al resto de la familia que con suerte no habrá reparado en tu retraso —respondió Vivek.

Ari se volvió y miró a través de la multitud de familiares a la matriarca cuyos genes habían tejido hilos invisibles a lo largo de las generaciones. Al hacerlo, vio sus ojos brillantes e inquisidores clavados en él.

—¡Ari, finalmente has decidido unirme a nosotros! —Anahita sonrió—. Ven a darle un beso a tu bisabuela.

—Puede que tu abuela cumpla hoy cien años, pero no se le escapa una —susurró Samina a Vivek.

Cuando Anahita abrió sus frágiles brazos a Ari, los familiares se hicieron a un lado y todas las miradas se volvieron hacia él. Ari

avanzó y se arrodilló frente a ella, mostrando sus respetos con una larga *pranaam* y aguardando su bendición.

—Nani —la saludó empleando el apodo cariñoso con que se dirigían a ella todos sus nietos y bisnietos—, perdona el retraso. Es un largo viaje desde Bombay —se excusó.

Cuando levantó la mirada vio que los ojos de su bisabuela lo estaban perforando de esa manera tan peculiar, como si estuviera examinando su alma.

—No te preocupes —respondió Anahita al tiempo que sus dedos encogidos y torpes le rozaban la mejilla con la ligereza de un ala de mariposa—. Aunque —bajó la voz hasta un susurro para que solo él pudiera oírla— siempre me ha resultado útil comprobar la noche antes que he puesto el despertador a la hora correcta. —Le guiñó un ojo y le hizo señas para que se levantara—. Hablaremos más tarde. Es evidente que Keva está deseando dar comienzo a la celebración.

—Por supuesto, nani —dijo Ari, notando que un rubor trepaba por sus mejillas—. Feliz cumpleaños.

Mientras regresaba junto a sus padres se preguntó cómo era posible que su bisabuela conociera el motivo exacto de su retraso.

El día transcurrió según lo planeado. Vivek, el mayor de los nietos de Anahita, pronunció un discurso sobre la extraordinaria vida de su abuela. Las lenguas se fueron soltando conforme corría el champán, y la tensión propia de las familias que se reúnen después de mucho tiempo sin verse empezó a diluirse. El lado típicamente competitivo de los hermanos se fue difuminando a medida que cada uno recuperaba su lugar en la jerarquía familiar, y los primos más pequeños perdieron su timidez y encontraron puntos en común.

—¡Mira a tu hijo! —comentó Muna, la hija de Anahita, a Vivek—. Sus primas se derriten por él. Pronto tendrá que empezar a pensar en el matrimonio —añadió.

—Me temo que él no opina lo mismo —rezongó Samina a su suegra—. Hoy en día los jóvenes prefieren picotear de aquí y de allá hasta bien entrados los treinta.

—Entonces ¿no vais a buscarle esposa? —preguntó Muna.

—Ya lo creo que sí, pero dudo mucho que acepte. —Vivek suspiró—. Ari pertenece a otra generación. Es el amo y señor de su

universo. Tiene su propia empresa y viaja por todo el mundo. Los tiempos han cambiado, mamá, y Samina y yo debemos dar a nuestros hijos voz y voto a la hora de elegir cónyuge.

—¿No me digas? —Muna enarcó una ceja—. Te veo muy moderno, Vivek. Después de todo, a vosotros dos no os ha ido tan mal juntos.

—Es cierto, mamá —convino Vivek estrechando la mano de su mujer—. Me elegiste una buena esposa. —Sonrió.

—Pero estamos nadando contra una corriente imposible —intervino Samina—. Hoy en día los jóvenes hacen lo que quieren y toman sus propias decisiones. —Deseosa de cambiar de tema, volvió su mirada hacia Anahita—. Parece que tu madre está disfrutando de su gran día —comentó—. Ella sí que es un milagro, un prodigio de la naturaleza.

—Sí —suspiró Muna—, pero me preocupa que viva en mitad de la montaña únicamente con los cuidados de Keva. En invierno hace mucho frío y eso no puede ser bueno para sus viejos huesos. Le he pedido infinidad de veces que venga a vivir con nosotros a Guhagar, donde podríamos cuidarla, pero se niega en redondo. Dice que se siente más próxima a sus espíritus aquí arriba, y también a su pasado.

—Su misterioso pasado. —Vivek levantó una ceja—. Mamá, ¿crees que algún día conseguirás que te diga quién es tu padre? Sé que murió antes de que nacieras, pero nunca ha sido clara con los detalles.

—Me importaba mientras crecía, y recuerdo que la acribillaba a preguntas, pero ahora —Muna se encogió de hombros—, si quiere guardarse sus secretos, puede hacerlo. Ha sido una madre maravillosa y no quiero disgustarla. —Muna miró con cariño a su madre. Anahita la vio y le hizo señas para que se acercara.

—¿Qué pasa, *maaji*? —preguntó cuando llegó a su lado.

—Estoy un poco cansada. —Anahita ahogó un bostezo—. Me gustaría reposar. Y dentro de una hora quiero que me envíes a mi bisnieto Ari.

—De acuerdo. —Muna ayudó a su madre a ponerse en pie y abrirse paso entre los parientes. Siempre pendiente de su señora, Keva fue enseguida a su encuentro—. Mi madre quiere descansar, Keva. ¿Puede llevarla a su cuarto?

—Desde luego. Ha sido un día largo.

Muna las vio salir de la estancia y regresó junto a Vivek y a su mujer.

—Se ha retirado a descansar, pero ha dicho que quiere ver a Ari dentro de una hora.

—¿En serio? —Vivek frunció el entrecejo—. Me pregunto por qué.

—A saber lo que pasa por la mente de mi madre —dijo Muna con un suspiro.

—Será mejor que se lo diga a Ari. Sé que estaba hablando de marcharse pronto. Mañana tiene una reunión de trabajo en Bombay a primera hora.

—Pues por una vez tendrá que dar prioridad a su familia —dijo Samina con firmeza—. Voy a buscarlo.

Cuando su madre le comunicó que su bisabuela deseaba hablar con él al cabo de una hora, Ari, como había vaticinado su padre, no se lo tomó bien.

—No puedo perder ese avión —explicó—. Has de comprender, mamá, que tengo una empresa que dirigir.

—Entonces le diré a tu padre que le cuente a su abuela que el día de su centenario, su bisnieto mayor no pudo siquiera dedicarle un rato, como era su deseo.

—Pero, mamá... —Ari reparó en la expresión severa de su madre y suspiró—. Está bien, me quedaré. Y ahora, si me disculpas, he de buscar cobertura en algún lugar para poder telefonar y aplazar la reunión.

Samina observó a su primogénito alejarse con la mirada fija en el móvil. Había sido un niño resuelto desde que nació, y era evidente que Samina lo había malcriado, como todas las madres. Siempre fue un muchacho especial, desde el momento que abrió los ojos y ella reparó, atónita, en que eran azules. Vivek le gastó incontables bromas acerca de su fidelidad, hasta que fueron a ver a Anahita y esta les desveló que los ojos del difunto padre de Muna también habían sido de ese color.

Ari tenía la piel más clara que sus hermanos, y su asombrosa belleza llamaba mucho la atención. Con toda la que había recibido a lo largo de sus veinticinco años, no podía negarse que pecaba de cierta arrogancia, pero su naturaleza dulce lo salvaba. De todos sus

hijos, Ari siempre había sido el más cariñoso, el que siempre estaba a su lado cuando surgía un problema. Hasta el día que anunció que deseaba montar su propia empresa y se marchó a Bombay...

Actualmente, el Ari que visitaba a su familia parecía más duro, más egocéntrico, y, la verdad sea dicha, a Samina cada día le gustaba menos. Mientras regresaba junto a su marido, rezó para que se tratara simplemente de una fase.

—Ahora haz pasar a mi nieto —dijo Anahita mientras Keva la incorporaba en la cama y le ahuecaba las almohadas.

—Sí, señora.

—Y que nadie nos moleste.

—No, señora.

—Buenas tardes, nani —saludó Ari cuando entró precipitadamente en la habitación unos segundos después—. Espero que hayas descansado.

—Sí. —Anahita señaló una silla—. Siéntate, por favor. Te pido disculpas por haber alterado tus planes de mañana.

—En serio —Ari notó que el rubor le subía por las mejillas por segunda vez ese día—, no pasa nada. —La observó, maravillado de su capacidad para leerle la mente mientras ella le miraba con sus ojos penetrantes.

—Tu padre me ha contado que ahora vives en Bombay y diriges una empresa próspera.

—Bueno, yo no la describiría aún como próspera —dijo Ari—, pero estoy trabajando duro para que lo sea en el futuro.

—Veo que eres un joven ambicioso. Estoy segura de que algún día tu negocio dará el fruto que esperas.

—Gracias, nani.

Ari vio que su bisabuela esbozaba una media sonrisa.

—Claro que quizá no te aporte la satisfacción que esperas. En la vida hay más cosas aparte del trabajo y el dinero. En cualquier caso, eso te tocará descubrirlo a ti —añadió—. Ahora, Ari, hay algo que me gustaría darte. Por favor, abre el cajón del escritorio con esta llave y saca la pila de hojas que encontrarás dentro.

Ari aceptó la llave que le tendía su bisabuela, la giró en la cerradura y extrajo el vetusto manuscrito.

—¿Qué es? —preguntó.

—La historia de la vida de tu bisabuela. La escribí para mi hijo desaparecido. Por desgracia, no lo he encontrado.

Ari vio que los ojos de Anahita se humedecían. Años atrás había oído hablar a su padre del hijo de la bisabuela que había muerto de pequeño en Inglaterra, cuando ella estuvo allí durante la Gran Guerra. Si no le fallaba la memoria, tuvo que dejarlo allí cuando regresó a la India. Al parecer, Anahita siempre se había negado a creer que su hijo estuviera muerto.

—Pero yo creía...

—Estoy segura de que te han dicho que tengo su certificado de defunción y que no soy más que una madre triste y quizá chiflada que no puede aceptar el fallecimiento de su querido hijo.

Ari se removió incómodo en su silla.

—He oído esa historia —reconoció.

—Sé lo que piensa mi familia, y sé que tú probablemente estás de acuerdo —declaró Anahita con firmeza—, pero créeme, hay más cosas en el cielo y la tierra de las que pueden explicarse en un documento creado por el hombre. Está el corazón de una madre, y su alma, que dice cosas que no pueden ignorarse. Y yo te digo ahora que mi hijo no está muerto.

—Te creo, nani.

—Yo creo que no, y lo entiendo. —Anahita se encogió de hombros—. Pero no me importa. Sin embargo, yo soy en parte la culpable de que mi familia no me crea. Nunca les he explicado lo que sucedió hace tantos años.

—¿Por qué no?

—Porque... —Anahita miró por la ventana sus amadas montañas y meneó la cabeza con suavidad—. No está bien que te lo cuente ahora. Está todo ahí. —Señaló el manuscrito que Ari sostenía en las manos—. Cuando sea el momento adecuado para ti, y lo reconocerás, tal vez leas mi historia. Y entonces podrás decidir por ti mismo si quieres indagar en ella.

—Entiendo —contestó Ari, aunque no era cierto.

—Lo único que te pido es que no compartas el contenido con nadie de la familia hasta que yo haya muerto. Te estoy confiando mi vida, Ari. Como bien sabes... —Anahita hizo una pausa—, mi tiempo en la tierra se está agotando.

Ari la miró desconcertado, preguntándose qué esperaba su bisabuela de él.

—¿Quieres que lea esto y luego indague sobre el paradero de tu hijo? —inquirió.

—Sí.

—Pero ¿por dónde empiezo?

—Por Inglaterra, desde luego. —Anahita lo miró fijamente—. Volverás sobre mis pasos. Todo lo que necesitas saber descansa ahora en las palmas de tus manos. Además, tu padre me ha contado que diriges una empresa de informática. Tú mejor que nadie puede acceder fácilmente a la *webbing*.

—¿Te refieres a internet? —Ari ahogó una risita.

—Sí, por lo que estoy segura de que solo tardarás unos segundos en encontrar el lugar donde empezó todo —concluyó Anahita.

Ari siguió la mirada de su bisabuela hasta las montañas del otro lado de la ventana.

—Son unas vistas preciosas —dijo a falta de algo mejor que decir.

—Sí, y por eso sigo aquí pese a las protestas de mi hija. Un día no muy lejano me elevaré muy por encima de esos picos, y lo haré con alegría. Allí veré a mucha gente por la que he llorado. Pero —Anahita se volvió de nuevo hacia su bisnieto— no a la persona que más ansío ver.

—¿Cómo sabes que aún vive?

Anahita dirigió la mirada al horizonte y cerró cansinamente los ojos.

—Como te he dicho, está todo en mi relato.

—Claro. —Ari comprendió que estaba siendo despachado—. Te dejo descansar, nani.

Ella asintió. Él se levantó, hizo una *pranaam* y besó a su bisabuela en ambas mejillas.

—Adiós. Estoy seguro de que nos veremos pronto —comentó camino de la puerta.

—Tal vez —respondió ella.

Ari se disponía a salir cuando, instintivamente, se dio la vuelta.

—Nani, ¿por qué yo? ¿Por qué no le das esta historia a tu hija o a mi padre?

Anahita lo miró.

—Porque la historia que tienes en las manos es mi pasado, pero también es tu futuro.

Ari salió de la habitación con sensación de agotamiento. Fue hasta el perchero del recibidor, del que colgaba su cartera, y continuó hasta el salón mientras guardaba en ella aquellas hojas amarillentas. Muna, su abuela, fue rápidamente a su encuentro.

—¿Para qué quería verte? —le preguntó.

—¡Bah! —respondió Ari con displicencia—, no cree que su hijo esté muerto y quiere que vaya a Inglaterra a indagar sobre ello. —Puso los ojos en blanco para dar énfasis a sus palabras.

—¡Otra vez no! —Muna hizo otro tanto—. Oye, puedo enseñarte el certificado de defunción. Su hijo murió cuando tenía unos tres años. Te lo ruego, Ari —Muna posó una mano en el hombro de su nieto—, no le hagas caso. Lleva años con esa historia. Por desgracia, es la fantasía de una anciana y no merece que pierdas tu valioso tiempo con ella. Hazme caso. Llevo mucho más tiempo escuchándola que tú. Ahora —sonrió—, toma una última copa de champán con tu familia.

Ari ocupó su asiento en el último avión de Bagdogra a Bombay. Trató de concentrarse en las cifras que tenía delante, pero el rostro de Anahita irrumpía constantemente en su campo de visión. Su abuela estaba en lo cierto cuando dijo que Anahita se engañaba, ¿no? Así y todo, había cosas que su bisabuela había dicho durante su conversación a solas —cosas que no podía saber de él— que le inquietaban. Quizá hubiera algo en esa historia... Puede que, cuando llegara a casa, le echara un vistazo al manuscrito.

En el aeropuerto de Bombay, aunque era más de medianoche, Bambi, su novia del momento, lo esperaba en LLEGADAS. El resto de la noche lo pasó agradablemente en su apartamento con vistas al mar Árabe, disfrutando del cuerpo joven y esbelto de ella.

A la mañana siguiente llegaba tarde a la reunión y, antes de llenar la cartera con los documentos que necesitaba, sacó las hojas que Anahita le había entregado.

«Algún día tendré tiempo de leerlo», pensó mientras guardaba el manuscrito en el cajón inferior de su escritorio y salía disparado de su apartamento.

Un año después

... lo recuerdo. En la quietud de la noche el más leve soplo de brisa es una bendición en el interminable calor seco de Jaipur. Las demás mujeres y niños del zenana y yo subimos a menudo a las azoteas del palacio de la Luna, donde hacemos nuestros lechos.

Y mientras yazgo contemplando las estrellas, oigo el sonido dulce y puro de un canto. Y entonces sé que alguien a quien quiero está siendo separado de la tierra y mecido suavemente hacia arriba...

Me despierto bruscamente y descubro que estoy en mi dormitorio de Darjeeling, no en las azoteas del palacio de Jaipur. Era un sueño. Desorientada, intento tranquilizarme, pues el canto sigue resonando en mis oídos. Sin embargo, sé que estoy despierta.

Intento recuperar la lucidez y caigo en la cuenta de lo que el canto significa: si estoy en el presente, alguien a quien quiero está muriendo en este momento. Con el corazón acelerado, cierro los ojos y hago un repaso de mis familiares, segura de que mi clarividencia me desvelará quién es.

Por una vez no obtengo respuesta. Es extraño, pienso, pues los dioses nunca se han equivocado antes.

Pero ¿quién...?

Cierro los ojos y respiro hondo, con calma, prestando atención.

Y de repente lo sé. Sé a ciencia cierta lo que me están diciendo.

Mi hijo..., mi querido hijo. Sé que es él quien finalmente está siendo ascendido.

Los ojos se me llenan de lágrimas y miro por la ventana los cielos en busca de consuelo. Pero es noche cerrada y al otro lado del cristal solo hay oscuridad.

Llaman suavemente a la puerta y Keva entra con cara de preocupación.

—Señora, la he oído llorar. ¿Está enferma?

Cruza la habitación y me observa al tiempo que me toma el pulso.

Niego con la cabeza mientras ella coge un pañuelo para secar las lágrimas que resbalan por mi cara.

—No —la tranquilizo—, no estoy enferma.

—Entonces ¿qué le ocurre? ¿Ha tenido una pesadilla?

—No. —Levanto la vista, consciente de que no lo entenderá—. Mi bebé acaba de morir.

Keva me mira horrorizada.

—¿Cómo ha podido enterarse de que la señora Muna ha muerto?

—No hablo de mi hija, Keva, sino de mi hijo. El que dejé en Inglaterra hace muchos años. Tenía ochenta y uno —murmuro—. Por lo menos tuvo una vida larga.

Keva me mira desconcertada y me pone una mano en la frente para ver si tengo fiebre.

—Señora, su hijo falleció hace ya muchos años. Seguramente estaba soñando —dice para convencerse a sí misma tanto como a mí.

—Es probable —convengo, pues no deseo alarmla en absoluto—. Aun así, quiero que anotes el día y la hora. Es un momento que no deseo olvidar, pues mi espera ha terminado. —Sonrío débilmente.

Hace lo que le pido. Anota la hora junto al día y el año en un trozo de papel y me lo tiende.

—Estoy bien, puedes retirarte.

—Sí, señora —responde, vacilante—. ¿Seguro que no está enferma?

—Seguro. Buenas noches, Keva.

Cuando sale del cuarto, cojo un bolígrafo de mi mesilla de noche y escribo una breve carta para acompañar la hora y la fecha de la muerte de mi hijo. También saco del cajón su desgastado certifi-

cado de defunción. Mañana le pediré a Keva que lo meta todo en un sobre y lo envíe al abogado encargado de arreglar mis asuntos después de mi fallecimiento. Le pediré a este que me telefonee para que pueda darle instrucciones sobre la persona a la que debe enviar el sobre cuando yo muera.

Cierro los ojos y pido que el sueño me venza, pues de súbito me siento terriblemente sola aquí en la tierra. Me doy cuenta de que he estado esperando este momento. Ahora que mi hijo me ha dejado, finalmente ha llegado el momento de seguirle...

Tres días después, a la misma hora que todas las mañanas, Keva llamó a la puerta de su señora. Era normal que no obtuviera respuesta a la primera; últimamente la señora Chavan dormía hasta tarde. Keva se entretuvo con las tareas de la casa otra media hora. Regresó para volver a llamar y, una vez más, solo recibió silencio. Eso ya no era tan normal, de modo que abrió la puerta con sigilo y vio que su señora seguía profundamente dormida. No fue hasta que descorrió las cortinas, charlando de nimiedades como era su costumbre, cuando se dio cuenta de que la señora Chavan no contestaba.

El móvil de Ari sonó mientras circulaba en el caótico tráfico de Bombay. Al ver que era su padre, con quien hacía semanas que no hablaba, pulsó el botón del altavoz.

—¡Papá! —exclamó contento—. ¿Cómo estás?

—Hola, Ari. Estoy bien, pero...

Ari reparó en el tono apagado de su voz.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Es tu bisabuela, Anahita. Lamento decirte que ha fallecido esta madrugada.

—Oh, papá. Lo siento mucho.

—Todos lo sentimos. Era una mujer maravillosa y la echaremos mucho de menos.

—Sí. Al menos tuvo una vida larga —consoló Ari a su padre mientras esquivaba un taxi que había frenado en seco delante de él.

—Sí. Celebraremos el funeral dentro de cuatro días, para que la familia disponga de tiempo suficiente para reunirse. Tu hermano y tu hermana irán, y todo el mundo estará allí. Incluido tú, espero —añadió Vivek.

—¿Te refieres al viernes? —preguntó Ari desazonado.

—Sí, a mediodía. Será incinerada en el *ghaat* de Darjeeling con la presencia exclusiva de su familia. Más adelante ofreceremos un responso multitudinario, pues son muchas las personas que querrán asistir y celebrar su vida.

—Papá —gimió Ari—, el viernes no puedo, en serio. Un cliente potencial vuela ese mismo día desde Estados Unidos para proponerme que me haga cargo de su contrato de software. La empresa pasará de tener pérdidas a tener beneficios de un día para otro. Por mucho que lo desee, no podré estar en Darjeeling el viernes.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Ari —dijo finalmente su padre—, hasta yo sé que hay momentos en que la familia debe pasar por delante del trabajo. Tu madre no te lo perdonará nunca, sobre todo porque Anahita dejó bien claro el día de su centenario, hace un año, que eras especial para ella.

—Lo siento, papá —repuso Ari con firmeza—, pero no hay nada que pueda hacer.

—¿Es tu última palabra?

—Es mi última palabra.

Ari oyó el auricular del otro lado de la línea colgar con un golpe seco.

El viernes por la noche Ari llegó a casa de un humor excelente. La reunión con los estadounidenses había ido tan bien que habían sellado el acuerdo allí mismo. Pensaba salir con Bambi para celebrarlo y había pasado por casa para darse una ducha y cambiarse. Recogió una carta de su casilla del vestíbulo y tomó el ascensor hasta la decimosexta planta. Una vez en su apartamento, abrió el sobre camino del dormitorio y leyó el contenido.

*Khan & Chauhan Abogados
Chowrasta Square
Darjeeling
Bengala occidental
India*

2 de marzo de 2001

Estimado señor:

Siguiendo las instrucciones de mi clienta, Anahita Chavan, le hago llegar este sobre. Como probablemente ya sabrá, la señora Chavan falleció hace unos días.

Mis más sinceras condolencias,

DEVAK KHAN,
SOCIO

Ari se sentó lentamente en la cama mientras caía en la cuenta de que, con los nervios y el ajeteo de preparar a su equipo para la reunión con los estadounidenses, se había olvidado por completo del funeral de su bisabuela. Con un ligero suspiro, abrió el sobre que el abogado le adjuntaba preguntándose si sus padres le perdonarían algún día que ni siquiera les hubiera telefonado.

—Qué se le va a hacer —farfulló con tristeza al tiempo que desplegaba el trozo de papel que había dentro del sobre y leía la carta que lo acompañaba.

Mi queridísimo Ari:

Cuando leas esto ya no estaré en este mundo. Te adjunto los detalles de la muerte de mi hijo Moh. La hora y la fecha exactas de su fallecimiento, así como su certificado de defunción original. Como verás, las fechas no coinciden. Tal vez esto no signifique nada para ti ahora, mi querido muchacho, pero en el futuro, si decides indagar sobre lo que le ocurrió, ambas podrían resultarte útiles.

Entretanto, hasta que volvamos a vernos en otro lugar, te envío mi amor. Recuerda siempre que en realidad no somos los

amos de nuestro destino. Utiliza tus oídos para escuchar, tus ojos para ver, y hallarás consejo.

Tu bisabuela que te quiere,

ANAHITA

Ari suspiró. No estaba de humor para los galimatías de su bisabuela o para pensar en lo enfadados que debían de estar sus padres con él. No quería que nada ensombreciera su buen humor esa noche.

Abrió el grifo de la ducha, encendió el reproductor de CD que tenía junto a la cama y permaneció debajo de la alcahofa escuchando la música atronadora.

Vestido con una camisa y uno de sus trajes hechos a medida, apagó la música y se dispuso a salir de la habitación cuando su mirada tropezó con la carta de Anahita. Instintivamente, la dobló de nuevo, la metió en el sobre y la guardó en el cajón, junto al manuscrito amarillento. Por último apagó las luces y salió del apartamento.

Londres,
julio de 2011



1

Rebecca Bradley pegó la cara a la ventanilla cuando el avión descendió sobre Londres. El variado mosaico de verdes refulgía como si estuviera cubierto por el rocío de la mañana en ese hermoso día de verano. Cuando la metrópoli se desplegó a sus pies, el Big Ben y el Parlamento le hicieron pensar en una ciudad de juguete en comparación con los vertiginosos rascacielos de Nueva York.

—Señorita Bradley, será la primera en salir del avión —le informó la azafata.

—Gracias. —Rebecca logró esbozar una sonrisa. Buscó en el bolso las grandes gafas de sol con las que esperaba ocultar el cansancio, aunque probablemente no habría fotógrafos aguardándola. Había tenido que abandonar Nueva York a toda prisa, por lo que había telefonado a la compañía aérea para que le adelantara el vuelo.

Le producía cierta satisfacción que nadie, ni siquiera su agente o Jack, supiera dónde estaba. Jack se había marchado de su apartamento esa misma tarde para regresar en avión a Los Ángeles. Ella había sido incapaz de darle la respuesta que él esperaba, le había dicho que necesitaba tiempo para meditarlo.

Buscó en el bolso el estuche de terciopelo rojo y lo abrió. El anillo que le había regalado era una buena pieza, aunque demasiado ostentoso para su gusto. Pero a Jack le gustaba hacer las cosas a lo grande, como exigía su condición de uno de los actores más famosos y mejor pagados del mundo. Y no podía ofrecerle menos, pues de aceptar ella su proposición, el anillo aparecería en periódicos y revistas de todo el mundo. Jack Heyward y Rebecca Bradley

eran la pareja de moda de Hollywood y los medios nunca se cansaban de ellos.

Cerró el estuche y miró cansinamente por la ventanilla mientras el avión se preparaba para tocar tierra. Jack y ella se habían conocido hacía un año en el rodaje de una comedia romántica y desde entonces Rebecca había tenido la sensación de que su vida había sido secuestrada por quienes deseaban vivir a través no solo de las películas que protagonizaba, sino de su vida privada. A decir verdad —Rebecca se mordió el labio en tanto el avión continuaba su descenso—, la relación «ideal» que el mundo creía que tenían era tan imaginaria como sus películas.

Hasta Victor, su agente, alentaba su relación con Jack. Le había dicho infinidad de veces que era beneficiosa para su trayectoria como estrella internacional.

—Nada le gusta tanto al público como una pareja de Hollywood real, cielo —decía—. Aunque tu carrera cinematográfica se hunda, seguirán deseando fotografiar a tus hijos jugando en el parque.

Rebecca recordó el tiempo total que Jack y ella habían pasado juntos el último año. Él vivía en Hollywood, ella en Nueva York, y a menudo sus frenéticas agendas les impedían verse durante semanas. Y cuando estaban juntos, eran acosados allí adonde iban. El día antes a mediodía, sin ir más lejos, habían comido en un pequeño y discreto restaurante italiano y los clientes no habían cesado de pedirles fotos y autógrafos. Jack había acabado llevándosela a pasear a Central Park para proponerle matrimonio con calma y tranquilidad. Rebecca confiaba en que nadie los hubiera visto...

La abrumadora claustrofobia que había sentido cuando regresaban en taxi a su apartamento del Soho mientras Jack le insistía en que le diera una respuesta fue lo que la llevó a adelantar su vuelo a Inglaterra. Tener al mundo observando todos sus movimientos, ser acosada a diario por desconocidos que se creían dueños de una parte de ella era, pensó Rebecca, actualmente insostenible. La falta de privacidad que conllevaba tener una relación mediática, y no digamos el hecho de no poder ir a buscar un bagel y un café con leche en la cafetería del barrio sin ser asediada, estaba empezando a hacer mella en ella.

Su médico le había recetado Valium semanas atrás, cuando Rebecca se encontró a los medios en la puerta de su apartamento y terminó por encerrarse en el cuarto de baño, acuclillarse en el suelo y llorar descontroladamente. El Valium había ayudado, pero Rebecca sabía que no era la solución. El resbaladizo sendero hacia la dependencia para poder sobrellevar la presión bajo la que vivía se alzaba amenazador ante ella. Una situación que Jack conocía muy bien.

Él le había asegurado, en los inicios embriagadores de su idilio, que la cocaína que consumía no era un hábito regular. Podía tomarla o dejarla. Simplemente le ayudaba a relajarse. Pero a medida que lo fue conociendo mejor, Rebecca se dio cuenta de que esa percepción no era real. Jack se ponía a la defensiva cuando ella le hacía preguntas sobre su excesivo consumo de cocaína y la cantidad de alcohol que bebía. Ella, que no tomaba drogas y raras veces bebía, detestaba ver a Jack colocado.

Al comienzo de su relación pensó que su vida era, sencillamente, perfecta: una carrera de éxito y un novio guapo y talentoso con quien compartirla. Pero entre las drogas, las ausencias y el lento descubrimiento de la inseguridad de Jack —que culminó, siete meses atrás, en un arrebato de rabia contra Rebecca cuando ella fue nominada para los Globos de Oro y él no—, los cristales rosa de las gafas empezaron a tornarse grises.

La oferta de un papel destacado en una película de producción británica, *La quietud de la noche*, ambientada en la década de 1920 y centrada en una familia aristocrática inglesa, no había podido llegar en mejor momento. No solo suponía un cambio con respecto a los personajes ligeros que había interpretado hasta entonces, sino que ser elegida por Robert Hope, el aclamado director británico, constituía un gran honor. Jack incluso había conseguido restar mérito a eso mencionando el hecho de que la necesitaban para ser el «nombre» de Hollywood en la película y así tener contentos a los que ponían la pasta. Seguidamente dijo que su mayor responsabilidad sería aparecer radiante con la colección de vestidos de época que le asignaran y que no debía hacerse ilusiones creyendo que le habían dado el papel por su talento.

—Eres demasiado guapa para que te tomen en serio, cariño —añadió al tiempo que se servía otro vodka.

El avión aterrizó finalmente en Heathrow y Rebecca se quitó el cinturón en cuanto las luces se encendieron.

—¿Está lista, señorita Bradley? —preguntó la azafata.

—Sí, gracias.

—Solo serán dos minutos.

Rebecca se pasó un peine rápido por la larga cabellera castaña y se la recogió en un moño bajo. Su peinado a lo «Audrey Hepburn», lo llamaba Jack, y los medios, en efecto, comparaban a Rebecca con el icono del cine. Incluso se estaba hablando de hacer una nueva versión de *Desayuno con diamantes* el próximo año.

No debía hacer caso a Jack, no debía permitir que siguiera mirando su seguridad como actriz. Las dos últimas películas de Jack habían fracasado estrepitosamente y su estrella no estaba brillando con la intensidad de antes. La terrible verdad era que Jack tenía celos de su éxito. Rebecca inspiró hondo para tranquilizarse. Independientemente de lo que Jack dijera, estaba decidida a demostrar que era mucho más que una cara bonita, y el jugoso guión constituía una gran oportunidad para conseguir justamente eso.

Y por lo menos confiaba en que, oculta en un lugar perdido de la campiña inglesa, gozaría de algo de paz y espacio para meditar. Debajo de todos sus problemas, sabía que se escondía un Jack al que amaba. Pero también sabía que a menos que estuviera dispuesto a hacer algo con respecto a su creciente adicción, no podría aceptar su proposición de matrimonio.

—Vamos a sacarla del avión, señorita Bradley —dijo el guardia de seguridad de la aerolínea, trajeado de oscuro, que se había materializado a su lado.

Rebecca se puso las gafas de sol y abandonó la cabina de primera clase. Sentada en la sala VIP a la espera de que le recogieran el equipaje, llegó a la conclusión de que lo suyo con Jack no iría a ninguna parte a menos que él reconociera sus problemas. Y tal vez, pensó sacando el móvil del bolso y mirando la pantalla, eso era exactamente lo que debía decirle.

—Señorita Bradley, ya tiene el equipaje en el coche —le informó el guardia de seguridad—, pero me temo que hay un aluvión de fotógrafos esperándola fuera.

—¡No! —Lo miró consternada—. ¿Cuántos?

—Muchos —corroboró él—. Pero no se preocupe, la acompañaré para evitar que la molesten.

Indicó que debían ponerse en marcha y Rebecca se levantó.

—No esperaba esto —comentó mientras se dirigía con él a LLEGADAS—. Tomé un vuelo diferente del previsto en un principio.

—Bueno, ha llegado a Londres la mañana en que se ha hecho pública la gran noticia. ¿Me permite felicitarla?

Rebecca se detuvo en seco.

—¿Qué «noticia»? —le preguntó sin rodeos.

—Su... su compromiso con Jack Heyward, señorita Bradley.

—Mi... Dios mío —murmuró.

—Hay una foto encantadora del señor Heyward poniéndole un anillo en el dedo en Central Park. Está en las portadas de casi todos nuestros periódicos. —Se detuvo frente a las puertas correderas—. ¿Está lista?

Ocultos tras las gafas de sol, los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas. Asintió con gesto irritado.

—Bien, atravesaremos la marabunta tan deprisa como podamos.

Quince minutos después el coche salía lentamente de Heathrow mientras Rebecca contemplaba con impotencia la fotografía de Jack y ella que ocupaba un lugar de honor en la portada del *Daily Mail* bajo el titular:

JACK Y BECKS — ¡CONFIRMADO!

En la imagen granulada Jack aparecía poniéndole el anillo en el dedo en Central Park. Rebecca le miraba con una expresión que ella sabía que era de pánico pero que el periodista describía como de maravillosa sorpresa. Por si eso fuera poco, la instantánea incluía una declaración de Jack, hecha sin duda a la salida de su apartamento el día anterior por la tarde. Por lo visto había confirmado que había pedido a Rebecca que se casara con él, pero aún quedaba por fijar la fecha.

Temblando, abrió el bolso y volvió a sacar el móvil. Tras comprobar que tenía incontables mensajes de Jack, de su agente y de miembros de la prensa, lo apagó y lo devolvió a su lugar. No se

veía capaz de responder a nadie en ese momento. Estaba furiosa con Jack por haber hecho declaraciones sobre lo que había sucedido en el parque.

Para el día siguiente los medios de todo el mundo estarían especulando sobre quién le diseñaría el vestido de novia, dónde se celebraría la ceremonia y, probablemente, si estaba embarazada.

Cerró los ojos y respiró hondo. Tenía veintinueve años y hasta el día de ayer la idea de casarse y tener hijos había sido únicamente un pensamiento fugaz, algo que podría suceder en el futuro.

Pero Jack rondaba los cuarenta, se había acostado con casi todas sus compañeras de reparto y, tal como le había explicado, sentía que había llegado el momento de sentar la cabeza. Mientras que para ella esta no era más que su segunda relación sería después de muchos años saliendo con su amor de la infancia. Su próspera carrera, y la consiguiente fama, también habían destruido esa historia de amor.

—Me temo que quedan unas horas hasta Devon, señorita Bradley —declaró su amable chófer—. Por cierto, me llamo Graham. Si necesita parar durante el trayecto, por la razón que sea, solo tiene que decírmelo.

—Bien —repuso Rebecca, deseando que en esos momentos la estuvieran llevando a un vasto desierto de algún lugar perdido de África, un sitio donde no hubiera fotógrafos, periódicos ni cobertura.

—Nos dirigimos a un pueblo que se encuentra bastante aislado, señorita Bradley —comentó Graham adivinándole el pensamiento—. Dartmoor no destaca por sus tiendas y rótulos brillantes —añadió—. Eso sí, el rodaje se hará en una magnífica mansión que lo traslada a uno a una época totalmente diferente. Pensaba que ya no quedaba gente que viviera en casas tan fabulosas. Pero el campo supone un agradable cambio para mí. Normalmente me dedico a acompañar a actores a los estudios a través del tráfico de Londres.

Sus palabras tranquilizaron a Rebecca. A lo mejor los medios la dejaban en paz si estaba en un lugar apartado.

—Creo que nos sigue una moto, señorita Bradley —dijo Graham mirando por el retrovisor y destruyendo bruscamente sus esperanzas de gozar de privacidad—. No se preocupe, la perderemos en cuanto entremos en la autopista.

—Gracias —dijo Rebecca tratando de calmar los nervios. Se recostó en el asiento, cerró los ojos e intentó dormir.

—Ya casi hemos llegado, señorita Bradley.

Después de cuatro horas y media dando cabezadas, Rebecca notaba ahora la desorientación del jet lag. Miró adormilada por la ventanilla.

—¿Dónde estamos? —preguntó oteando los escabrosos páramos que los rodeaban.

—En Dartmoor. Hoy parece un lugar agradable porque hace sol, pero apuesto a que en invierno es deprimente. Disculpe —dijo Graham cuando le sonó el móvil—, es el director de producción. Pararé un momento para contestar.

Mientras el chófer hablaba por teléfono, Rebecca abrió la portezuela y bajó hasta la basta hierba que flanqueaba la estrecha carretera. Inspiró hondo, oliendo la frescura dulce del aire. En los páramos soplabla una brisa suave y a lo lejos se divisaban macizos de rocas recortadas contra el cielo. No se veía a nadie en varios kilómetros a la redonda.

—Qué paz —musitó mientras subía de nuevo al coche y Graham ponía en marcha el motor.

—Sí —convino él—, pero desgraciadamente el director de producción ha telefonado para avisarnos de que hay un grupo de fotógrafos congregado frente al hotel donde se alojan los actores. Están esperando su llegada, así que propone que la lleve directamente a Astbury Hall, el lugar de rodaje.

—Vale. —Rebecca se mordió el labio, desesperada, en tanto reemprendían la marcha.

—Lo siento mucho, señorita Bradley —se solidarizó Graham—. Yo siempre les digo a mis hijos que ser un actor rico y famoso no es tan fantástico como parece. Debe de ser duro para usted, sobre todo en momentos como este.

Su comprensión provocó un nudo en la garganta de Rebecca.

—A veces lo es.

—La buena noticia es que mientras esté rodando nadie podrá acercarse a usted. El terreno privado que rodea la casa abarca unas cien hectáreas y hay casi un kilómetro desde la entrada hasta el edificio.

Rebecca vio que habían llegado a unas verjas de hierro vigiladas por un guardia de seguridad. Graham le hizo una seña y este abrió las verjas. Rebecca observó maravillada los jardines salpicados de ancianos robles y castaños de Indias y las hayas que bordeaban el camino de entrada.

Al fondo se alzaba una casa inmensa, un palacio en realidad, de esas que solo había visto en libros o en programas de historia en la televisión. Una creación barroca de piedra labrada y columnas estriadas.

—Uau... —susurró.

—Espectacular, ¿verdad? Aunque no quiero ni imaginarme la factura de la calefacción —bromeó Graham.

Cuando estuvieron más cerca y Rebecca vislumbró la fuente de mármol delante de la casa, lamentó no poseer léxico arquitectónico suficiente para describir toda la belleza que abarcaban sus ojos. La exquisita simetría del edificio, con una elegante ala a cada lado de una cúpula central, le cortó la respiración. El sol se reflejaba en las vidrieras de proporciones perfectas, engarzadas cual gemas a lo largo de toda la fachada, con la mampostería entre ellas intercalada con querubines y jarrones tallados. Bajo el gran pórtico central, sostenido por cuatro columnas enormes, se alzaba una magnífica puerta de roble de doble hoja.

—Digna de una reina, ¿eh? —dijo Graham rodeando la casa hasta un patio lateral tomado por furgonetas, camiones y gente yendo y viniendo con cámaras, focos y cables—. Me han dicho que esperan estar listos para empezar a rodar mañana —añadió mientras estacionaba.

—Gracias. —Rebecca se bajó del coche y Graham caminó hasta el portaequipajes para sacar la maleta.

—¿Solo trae esto, señorita Bradley? Las actrices como usted suelen llevar un contenedor —bromeó con una sonrisa afable.

—Hice la maleta aprisa y corriendo —reconoció ella mientras lo seguía hasta la casa.

—Señorita Bradley, recuerde que estoy de guardia durante todo el rodaje, de modo que si necesita ir a algún sitio solo tiene que decírmelo, ¿de acuerdo? Ha sido un placer conocerla.

—¡Ya está aquí! —Un hombre joven y delgado se acercó y le tendió la mano—. Bienvenida a Inglaterra, señorita Bradley. Soy

Steve Campion, el director de producción. Lamento oír que tuvo que aguantar el acoso de los atroces periodistas de nuestra prensa amarilla. Aquí, por lo menos, estará a salvo de ellos.

—Gracias. ¿Tiene idea de cuándo podré ir a mi hotel? No me iría mal ducharme y dormir un poco —dijo Rebecca, que se sentía desaliñada y cansada por el viaje.

—Claro. No queríamos hacerle pasar por otra odisea en el hotel después de lo ocurrido esta mañana en el aeropuerto —explicó Steve—, así que lord Astbury ha tenido la amabilidad de ofrecerle una habitación en la casa hasta que le encontremos alojamiento en otro hotel. Como habrá observado —Steve señaló el enorme edificio con una sonrisa—, tiene algunas libres. Robert, el director, desea empezar a rodar mañana mismo y no quería que su concentración y la de los actores hospedados en el hotel se viera afectada.

—Lamento ser la causa de tanto alboroto —dijo sonrojándose Rebecca, con un repentino sentimiento de culpa.

—No se preocupe, es el precio que hay que pagar por tener a una actriz tan famosa en la película. Bien, el ama de llaves dijo que la buscáramos cuando usted llegara para enseñarle su habitación. Habrá una reunión de actores en el salón esta tarde a las cinco, por lo que dispone de unas horas para dormir.

—Gracias —repuso Rebecca, consciente del retintín en la voz de Steve. Sabía que ya le había puesto la etiqueta de «problema», y no le cabía duda de que el elenco de talentosos actores británicos, cuya fama o éxito de taquilla no podía competir actualmente con el suyo, estaría de acuerdo con él.

—Espere aquí mientras voy a buscar a la señora Trevathan —dijo Steve dejando a Rebecca incómoda en mitad del patio, viendo pasar a los cámaras con sus equipos.

Al rato, una mujer fornida de mediana edad, pelo crespo y canoso y tez rosada, salió de la casa y se acercó a ella.

—¿Señorita Rebecca Bradley?

—Sí.

—Ya lo creo que lo es, querida. —La mujer esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. La he reconocido al instante. Y déjeme decirle que es todavía más guapa al natural. He visto todas sus películas y es un placer conocerla. Soy la señora Trevathan, el ama de llaves.

Sígame, le enseñaré su habitación. Me temo que queda algo alejada. Graham le subirá la maleta más tarde —añadió cuando Rebecca hizo ademán de cogerla—. No se imagina la de kilómetros que hago al día.

—Lo supongo —dijo Rebecca esforzándose por comprender su fuerte acento de Devon—. Esta casa es increíble.

—Menos increíble ahora que solo quedamos yo y algún que otro empleado de fuera para cuidarla. No doy abasto. Hace muchos años aquí trabajábamos treinta personas a tiempo completo, pero las cosas han cambiado.

—Me lo imagino. —Rebecca siguió a la señora Trevathan a través de varias puertas hasta la cocina, donde una mujer con uniforme de enfermera bebía café sentada a la mesa.

—Desde la cocina se llega antes a las habitaciones por la escalera de servicio —explicó la señora Trevathan tomando una escalera estrecha y empinada—. La he instalado en una habitación agradable de la parte de atrás de la casa, con preciosas vistas a los jardines y los páramos. Tiene suerte de que lord Astbury haya consentido alojarla. No le gustan los huéspedes. Es una pena, la verdad. En otros tiempos esta casa podía acoger cómodamente a cuarenta personas, pero esos días ya son historia.

Al fin salieron por una puerta a un amplio rellano. Rebecca admiró la magnífica cúpula que se alzaba sobre su cabeza y siguió a la señora Trevathan por un pasillo ancho y umbrío.

—Su habitación. —La mujer abrió una puerta a una espaciosa estancia de techos altos dominada por una cama de matrimonio—. Está algo fría porque abrí la ventana hace un rato para ventilar. Es preferible eso al olor a humedad. Hay una estufa eléctrica, puede encenderla si tiene frío.

—Gracias. ¿Dónde está el servicio? —preguntó.

—¿Se refiere al cuarto de baño, querida? —señaló la señora Trevathan con una sonrisa—. Al otro lado del pasillo, segunda puerta a la izquierda. Me temo que todavía no podemos permitirnos cuartos de baño privados. Ahora, la dejaré descansar.

—¿Puede darme un vaso de agua? —preguntó tímidamente Rebecca.

La señora Trevathan se detuvo camino de la puerta y se volvió con expresión bondadosa.

—Debe de estar agotada. ¿Ha comido algo?

—No, fui incapaz de probar el desayuno en el avión.

—¿Qué le parece si le traigo un té y unas tostadas? Está muy pálida.

—Sería estupendo —dijo Rebecca, presa de un mareo repentino. Se dejó caer en el sillón que había delante de la chimenea apagada.

—Bien, iré a buscarlo. —La señora Trevathan la miró pensativa—. Debajo de todo ese glamour se esconde una muchachita sensible, ¿verdad, querida? Ahora póngase cómoda. Enseguida vuelvo. —Sonrió con dulzura y se marchó.

Al rato Rebecca salió al pasillo y después de varios intentos fallidos, primero en un armario de ropa blanca y luego en otro dormitorio, encontró un cuarto de baño espacioso con una bañera de hierro antigua en el centro. Una cadena oxidada pendía de la cisterna dispuesta sobre el retrete. Después de beber agua del grifo regresó a su cuarto y se acercó a los ventanales para contemplar las vistas. El jardín al otro lado de la amplia terraza que circundaba la parte de atrás de la casa estaba bien atendido. A lo largo de sus márgenes crecían en inmaculada abundancia plantas y arbustos de flores multicolores que suavizaban el verde intenso de la hierba del centro. Detrás del alto seto de tejos que rodeaba el jardín se extendían los páramos, cuya aspereza contrastaba con las lisas y cuidadas extensiones de césped. Quitándose los zapatos de un puntapié, Rebecca se subió a la cama y el colchón ablandado agradablemente por años de uso.

Diez minutos más tarde la señora Trevathan llamó a la puerta y cuando entró en el cuarto, vio que dormía profundamente. Dejó la bandeja en la mesa, frente a la chimenea, tapó cuidadosamente a Rebecca con una colcha y se tapó sin hacer ruido.